

Lucha de clase

POR LA RECONSTRUCCION DE LA CUARTA INTERNACIONAL

ÍNDICE

- Luchas obreras y tácticas sindicales
- Irán : Jomeini frente a las masas populares
- La guerra chino-vietnamita
- La Europa sin fronteras será la Europa de los proletarios

**mensual
trotskista**

editado por

**lutte
ouvrière**

Abril/1979

No

62

PRECIO : 5 FF

Leed la prensa revolucionaria



FRANCIA

Semanario trotskista francés

Tarifas de suscripción :

Francia 120 FF (\$ 25)

Otros países 150 FF (\$32)

Tarifas de avión, bajo demanda a

LUTTE OUVRIERE B.P. 233

75865 PARIS CEDEX 18

Mandar el dinero a CCP RODINSON

6851 10 PARIS

ESTADOS UNIDOS

Bimensual trotskista americano

Tarifas para Estados Unidos :

Primera clase solamente

Sies meses \$ 4

Un año \$ 8

Otros países

por barco

Seis meses \$ 3,25 (15 FF)

Un año \$ 6,50 (30 FF)

Por avión

Seis meses \$ 12,50 (60 FF)

Un año \$ 25,00 (120 FF)

Para el extranjero, pagar de preferencia por giro postal internacional

Escribir a : The Spark,

Box 1047 DETROIT Mi 48231 USA

ANTILLAS

Semanaatio trotskista antillés

Suscripción : FRANCIA

Un año : 100 FF

Seis meses : 50 FF

Pagos a :

Jocelyn Bibrac - CCP 32566 71 La Source

Correspondancia Antillas :

Gérard Beaujour

BP 214 - 97110 Pointe-à-Pitre - Guadeloupe

Correspondencia Francia :

Combat Ouvrier - BP 80 93302 Aubervilliers

ÁFRICA

Mensual trotskista de idioma francés, editado por :UATCI (Unión Africana de Trabajadores Comunistas e Internacionalistas).

Tarifas de suscripción, para Francia :

Ordinario, un año..... FF 12 (\$ 2,5)

Bajo Pliego cerrado, un año..... FF 36 (\$ 7,5)

enviar toda correspondencia a :

Combat Ouvrier B.P. 80

93300 Aubervilliers

especificando :

para «Le Pouvoir aux Travailleurs».



Hebdomadaire communiste révolutionnaire (trotskyste)

Pour la construction d'un parti ouvrier révolutionnaire en Martinique et en Guadeloupe Pour l'émancipation des peuples de Martinique et de Guadeloupe Pour la reconstruction de la France internationale



**le pouvoir
aux
travailleurs**
mensuel trotskyste

REVUE DES TRAVAILLEURS COMMUNISTES INTERNATIONAUX

LUCHA DE CLASE

ÍNDICE

Página 2 Luchas obreras y tácticas sindicales

Página 10 Irán : Jomeini frente a las masas populares

Página 17 La guerra chino-vietnamita

Página 22 La Europa sin fronteras será la Europa de los proletarios

NÚMERO 62

LUCHAS OBRERAS Y TÁCTICAS SINDICALES

El pasado mes de diciembre, la patronal de las acerías de Usinor y Sacilor-Sollac, instaladas en la región del Norte y de Lorena, anunciaron la próxima supresión de 20 000 empleos. Las reacciones de los trabajadores no se hicieron esperar.

La ciudad de Denain, en el Norte, cuya actividad depende totalmente de las acerías, conoció los días 6 y 7 de marzo último, una situación casi insurreccional. Los combates a ladrillazos, con pernos, cocteles Molotov, botellas de gas inflamadas, por un lado, y con granadas lacrimógenas por el otro, duraron más de 24 horas sin interrupción. Los obreros de la siderurgia contaban con el apoyo de toda la población. Al día siguiente cortejos de obreros de la ciudad de Valenciennes convergían hacia Denain para ayudarles.

Lo que ha ocurrido en Denain, había ocurrido diez días antes en Longwy, Lorena. Pero los afrontamientos sólo habían durado algo menos con menos gente.

En Longwy, como en Denain, los manifestantes no estaban solos. Toda la población era solidaria de sus obreros de la siderurgia.

Visiblemente, en algunas semanas las acciones espectaculares organizadas por la CGT o la CFTD encontraron un eco cada vez mayor.

Hace seis meses, los miembros de la CNPF (Confederación Nacional de la Patronal Francesa), al igual que

los diferentes ministros, usaban de toda su arrogancia con respecto a la clase obrera y particularmente a los trabajadores que entraban en lucha.

En febrero y marzo de 1979, los movimientos se multiplicaron en los servicios públicos y privados, y los obreros de la siderurgia se adueñaron de la calle y no vacilaron en sitiar los comisariados de policía. El lenguaje patronal y gubernamental cambió de tono. Para convertirse en prudente y más bien conciliante.

Pero las palabras de apaciguamiento no bastaron para calmar el descontento de los de la siderurgia. A lo largo del mes de febrero, minorías cada vez más importantes de trabajadores adherían a las iniciativas sindicales, que beneficiaban visiblemente de la simpatía de todos.

**DESPUÉS DE LONGWY,
DESPUÉS DE DENAIN,
¿CUALES SON LAS INTENCIONES
DE LA CGT O DE LA CFTD ?**

Fueron las dos grandes centrales sindicales francesas, la CGT y la

CFDT, las que tomaron la iniciativa de las acciones de gran amplitud y de las operaciones radicales en Lorena y en el Norte. Lo que en sí no tiene nada de raro. Desde siempre, en lo que se refiere a luchas defensivas, los estados mayores sindicales, fueron capaces de llevar a cabo luchas muy duras.

Y en Lorena como en el Norte, las Uniones locales tomaron la iniciativa de acciones con carácter ilegal (ocupaciones de locales oficiales, saqueos de sedes patronales, bloqueos de carreteras, ocupaciones de estaciones de transmisión de televisión, de centrales telefónicas, etc.).

Por el momento, todo lo que se puede constatar, es que los trabajadores de Lorena y del Norte han respondido más allá de lo que se podía esperar a las iniciativas sindicales. Y hoy, la movilización obrera en esas regiones crea de por sí una nueva situación, quizás con respecto al resto de la clase obrera, pero de todas maneras con respecto a los mismos sindicatos.

UNA SITUACIÓN NUEVA

A través de las iniciativas que han tomado desde hace varias semanas en el Norte y en Lorena, la CGT como la CFDT han podido verificar una combatividad segura. Más aún, ambas centrales se han dado cuenta que sus acciones, cualesquieran que sean las formas, encontraban una receptividad sorprendente en la clase obrera. Y no solamente entre la clase obrera, sino también entre el conjunto de la población de ambas regiones. En estas condiciones, quizás les parezca también a las direcciones sindicales que ese podría ser el caso entre toda la clase

obrero y entre ciertas capas de la población del resto de Francia.

Y esta verificación, en Lorena y en el Norte, quizás les permita deducir que están en condiciones de llevar a cabo acciones más duras en otras partes, y no solamente en los sectores expuestos a los licenciamientos. Y quizás sean nuevas posibilidades tácticas, las que los aparatos sindicales, al menos los dos más importantes, piensen examinar a fin de establecer una correlación de fuerzas que les permita revalorizar su estatuto de negociadores acerca de la patronal y de la burguesía, estatuto que se ha desvalorizado considerablemente desde hace un año, desde la victoria de la derecha en las elecciones legislativas de marzo de 1978.

ALGUNAS NUEVAS INICIATIVAS EN LOS SERVICIOS PÚBLICOS Y PRIVADOS

Al constatar, a finales de febrero y a principios de marzo de 1979, que el clima social, al menos en el Norte y en Lorena, es el de la lucha, la CGT y la CFDT quizás hayan pensado que se podrían desencadenar otros movimientos con, ellos también, cierto eco por otra parte, y que podían darse los medios de verificarlo.

A partir de ahí, cada vez que un movimiento se desencadenaba, las centrales han parecido impulsarlo aun a riesgo de encabezar una huelga ilimitada que concerniera únicamente una minoría de huelguistas. Ese fue el caso, aparentemente en las compañías de seguros (e incluso en los bancos sin mucho éxito) a finales de febrero, y en los apartados de correos de la región parisina a principios de marzo.

En la SNCF, hecho sin precedente desde la huelga general de los funcionarios de 1953, todos los sindicatos sin excepción llamaron a un día de huelga a todos los ferroviarios el día 7 de marzo. La consigna fue seguida en masa (¡hasta el punto que la SNCF fue incapaz de dar estadísticas por falta de personal para hacerlas !).

Y estos diferentes movimientos, al contrario de las acciones suscitadas en otoño de 1978, no son ni parcelados, ni por turno y parecen convergentes (aunque, al ser tenaces las costumbres, la intersindical de los PTT —correos y comunicaciones— ha previsto paralelamente al desarrollo de las huelgas en los apartados de correos, un movimiento por categorías de calificación escalonándose del 19 al 31 de marzo).

Y esta movilización culminó en una marcha sobre París organizada por la CGT el 23 de marzo.

MINORÍAS IMPORTANTES SIGUEN LAS CONSIGNAS SINDICALES

Es evidente que las dos centrales sindicales no han emprendido con estos movimientos, un afrontamiento duro en los servicios públicos y las compañías de seguros. Hasta ahora, parecen simplemente comprobar su capacidad de movilización. Y tratan comprobarla ni demasiado, ni demasiado poco. Aparentemente, quieren comprobar la combatividad de los trabajadores. Su problema es sin duda encontrar consignas que correspondan a esta combatividad, claro está, pero que corresponda también a sus propias perspectivas de aparato y a sus propias reglas del juego.

Lo que está en juego es quizás verificar el nivel de combatividad que resulta posible suscitar entre los trabajadores de las regiones que no padecen del paro como en el Norte y en Lorena. Y parece ser, cuando se juzga en función de las solas luchas de carácter no limitado llevadas a cabo en los Correos y en los Seguros, que existan importantes minorías dispuestas a seguir las consignas sindicales. Pero por el momento, la receptibilidad no es comparable a la de Lorena o del Norte. Lo que permite además a los aparatos sindicales controlar perfectamente los movimientos que han emprendido, no vacilando en encabezar a los que son minoritarios, pero no verdaderamente aislados. Y, para una central de influencia mayoritaria en la clase obrera, como la CGT, se trata ahí de una táctica capaz de experimentar la combatividad de un número creciente de trabajadores que encuentran así en los sindicatos reformistas su dirección natural.

¿HACIA ACCIONES DE MAYOR ENVERGADURA ?

Independientemente de las últimas acciones entabladas por las grandes confederaciones, y aparte la iniciativa común de todos los sindicatos a la SNCF del 7 de marzo, otros factores pueden hacer pensar que las centrales sindicales quizás sean susceptibles de proyectar movimientos reivindicativos de cierta envergadura diferentes de las acciones entabladas en el Norte y en Lorena.

El primer indicio es una reunión de la delegación nacional de la CFTD que anunció a la prensa el 24 de febrero último su intención de lanzar

«una acción de carácter nacional» a favor de la semana de 35 horas con el acuerdo, si es posible, de la CGT y de la FEN (Federación de la Educación Nacional). Proyectaría esta semana de acción para antes de finales de marzo. Esta declaración defendía de todos modos la opinión contraria a las declaraciones de la CFDT de estos seis últimos meses, cuando en diferentes ocasiones afirmaba estar opuesta a todo movimiento «nacional» y se desolidarizaba de las iniciativas para jornadas de acción propuestas por la CGT en noviembre y en diciembre de 1978.

¿SE PONDRÁN DE ACUERDO SOBRE LAS 35 HORAS ?

A este primer indicio de cambio en la táctica sindical de la CFDT, se añade el hecho que la CGT y la CFDT (como además Marchais y Mitterrand) convergen hacia la reivindicación de la disminución del tiempo de trabajo. «*La reivindicación de la semana de 35 horas sin disminución de salario ha tomado una importancia nacional movilizadora y unificadora de la acción reivindicativa*» dice Georges Séguy en un interviú a *L'Humanité*. El secretario general de la CGT habla pues de reivindicación «unificadora», «movilizadora». En caso que la CGT dé curso a estas palabras, esto significaría que se verían a los militantes de la CGT tener desde ahora como consigna destacar la reivindicación de las 35 horas en las pequeñas y grandes acciones, en las octavillas y las peticiones, etc. Y si fuese el caso, se trataría efectivamente de un objetivo, por cierto limitado, pero de conjunto y unificador propuesto a la clase

obrero. Pero no es porque el líder de la CGT habló de esto que lo pondrá en ejecución.

Además, hasta ahora, los representantes de la CFDT o de la CGT han hablado más a menudo de acciones «hacia» las 35 horas, de una disminución «progresiva» del tiempo de trabajo «*que debe alcanzar*» las 35 horas sin disminución salarial, que de las solas 35 horas.

Por el momento, todo esto no significa necesariamente una nueva orientación. Toda esta campaña puede reducirse a propaganda platónica sin que las dos centrales la conviertan en objetivos concretos a los diferentes movimientos que desencadenarán. Ya que no basta con que la CGT, como la CFDT, hable hoy de consigna «unificadora», para que signifique forzosamente que desean unificar efectivamente las luchas.

Y actualmente, las federaciones aún están intentando saber sobre qué pueden ponerse de acuerdo.

EN LA SIDERURGIA LAS 35 HORAS PERMITIRÍAN CREAR MILLARES DE EMPLEOS

Una lucha sobre las 35 horas sería dura sin duda y probablemente larga y supondría una movilización de gran amplitud de la clase obrera.

En la siderurgia, es visiblemente uno de los principales obstáculos de las negociaciones. Y eso sencillamente porque las 35 horas, en forma de instauración de un quinto equipo, significaría no solamente la disminución del tiempo de trabajo, sino también la creación simultánea de millares de empleos que los patrones de la siderurgia quieren hoy

suprimir. Y la satisfacción de esta reivindicación constituiría efectivamente una solución para los trabajadores de la siderurgia.

EN OTRAS PARTES, LAS 35 HORAS PODRÍAN TOMAR FORMAS INESPERADAS

En otras partes, la significación de las 35 horas sería distinta y podría traducirse de diferentes maneras de un lugar a otro, con arreglo a la movilización de los trabajadores interesados y de su combatividad.

En lugar de las 35 horas propiamente dichas : el gobierno podría por ejemplo ceder sobre una disminución progresiva del tiempo de trabajo (por ejemplo una o dos horas todos los seis meses), y los patrones mantener de hecho horarios alrededor de 40 horas pagando en horas suplementarias las que superarían las 38, 36 o 35 horas. En ese caso la maniobra hasta podría reducirse a un simple aumento global de los salarios que la burguesía sería perfectamente capaz de soportar en período de inflación. Se podría obtener la semana de 35 horas bajo la forma de una medida legal. Pero su respeto efectivo dependería de la ulterior movilización de los trabajadores para impedir que la ley sobre la disminución del tiempo de trabajo no sea contorneada de múltiples maneras como lo ha sido la ley de las 40 horas desde 1936.

¿QUÉ QUIEREN REALMENTE LOS SINDICATOS ?

Entonces, ¿están las confederaciones sindicales dispuestas a

ponerse de acuerdo para entablar una ofensiva que permitiera lograr del patronato y del gobierno las 35 horas ?

Hasta ahora, tanto la CGT como la CFDT, tratan sobretodo convencer al gobierno que podrían desencadenar luchas en importantes sectores obreros sobre las 35 horas. Que serían capaces y que podrían, si fuera necesario, ir hasta la huelga general para obtenerlas.

Desde la derrota electoral de la izquierda, el gobierno se dirige con arrogancia a los sindicatos diciéndoles : si queréis algo, ¿a qué no ? luchar y ya veremos.

Pues sí (dan a entender las confederaciones) ¡lo váis a ver ! he ahí nuestro programa de movilización para las 35 horas. Lo podemos fácilmente sacar de su archivo, e incluso convertirlo en objetivo unitario de las luchas.

Por el momento, he ahí como máximo hasta donde han llegado las confederaciones : hacer un cierto chantaje ante el gobierno, para mostrarle hasta donde pueden ir. Pero es, después de todo, de buena lid. Hasta el momento en que se plantea el problema de saber si serán capaces de pasar de las amenazas a los actos...

Y hasta ahora, las dos grandes centrales sindicales están lejos de ponerse de acuerdo sobre las acciones necesarias de llevar a cabo. La CGT ha organizado una gran marcha sobre París de los trabajadores de las diferentes regiones amenazadas por los licenciamientos masivos, así como para los de la región parisina, el 23 de marzo. La CFDT por su parte, pretextando que se trata de una marcha «política», se ha negado en juntarse a esa marcha. He ahí donde se pueden medir todas las vacilaciones de las burocracias sindicales.

¿PODRÍAN LAS CENTRALES SINDICALES ORIENTARSE HACIA LUCHAS DE CONJUNTO, E INCLUSO HACIA UNA HUELGA GENERAL ?

Lo propio de los sindicatos reformistas no es el ser incapaz de armar un conflicto cualquiera con el gobierno y el patronato. Pueden estar llevados a movilizar, incluso sobre objetivos «unificadores», a amplios sectores de la clase obrera. En realidad, su razón de ser, en tanto que aparatos reformistas, es precisamente de armar conflictos, pero mesurados y calculados según sus intereses de aparato, y no según los intereses fundamentales de las masas que son capaces de movilizar. Desde hace un año, ni el gobierno ni el patronato, han otorgado a los sindicatos concesiones susceptibles de justificar honorablemente su existencia ante los simples trabajadores. Como dice Georges Séguy en la entrevista ya mencionada, *«la intransigencia (del presidente de la República y de su primer ministro) imitada de la del patronato, no permite ninguna ilusión, asistimos a un bloqueo general que priva a los sindicatos de una de sus prerrogativas fundamentales : la de negociar problemas sociales. La experiencia demuestra que ese tipo de situaciones siempre acumulan elementos explosivos (...) aguantar o luchar es la única alternativa que dejan hoy el patronato y el gobierno a los trabajadores»*.

Y es por lo que, añade, el cometido de la CGT es de estar *«a la iniciativa de la lucha a todos los niveles»*.

La determinación de los sindicatos en las semanas y meses próximos podrán depender a la vez de la intransigencia burguesa a su respecto y de su capacidad a movilizar la clase obrera.

¿Hasta donde podrían ir entonces las actuales centrales sindicales ? ¿Hasta desencadenar una huelga general ?, es decir una respuesta de conjunto que, en el actual período de crisis económica, sería la única respuesta capaz de situar realmente al conjunto de la clase obrera en posición de fuerza frente al patronato.

En realidad, para estar en condiciones de responder a esta cuestión no basta con prejuzgar de la política de los sindicatos frente a la huelga general, sino también y sobretodo analizar cual sería su actitud frente a las reivindicaciones y las posibilidades de la huelga en sí misma.

Ya en el pasado las confederaciones se han encontrado a la cabeza de huelgas generales sin que esas desemboquen, muy al contrario, en una situación revolucionaria. Por lo demás, en 1968, la misma CGT permitió que la huelga se extendiese y se convirtiese en huelga general propiamente hablando, pudiendo por eso mismo controlar su desarrollo, sus objetivos, y las modalidades de la vuelta al trabajo.

Y de esto efectivamente las burocracias reformistas son incapaces. Pues sólo pueden movilizar ampliamente a la clase obrera a la condición de saber de antemano cuando ha de empezar y cuando ha de acabar ; de monopolizar desde el principio hasta el final la dirección de las operaciones, y de dominar el desenlace del conflicto así como de las ventajas que obtendrán para sí mismas y que serán objeto de las verdaderas negociaciones dirigiéndose al patronato y a los representantes del Estado.

Por eso el más potente sindicato, aquel que cuenta con verdadera influencia sobre la clase obrera, la CGT, no puede permitirse desencadenar una huelga general ilimitada,

trás objetivos que conciernen los intereses fundamentales de la clase obrera. Pues este tipo de huelga, al menos en potencia, es inadmisibile para el aparato estatal de la burguesía que se vería en la obligación de intervenir si la huelga se prolongara. En cambio, no es en absoluto aberrante que la CGT misma sea llevada a desencadenar una huelga general limitada en sus objetivos, y por eso en el tiempo.

Pero aunque sólo fuera eso, pondría difíciles problemas tácticos a un sindicato como la CGT. Sobre todo si fuera el único en querer escoger esta vía.

CON TAL QUE LOS TRABAJADORES NO ARBITREN LAS DISCREPANCIAS SINDICALES

Ya que la CGT, por influente que sea entre los trabajadores, si no cuenta con el acuerdo de la CFDT, de FO y de las otras confederaciones para entablar tal conflicto, incluso sobre un objetivo secundario y bien determinado de antemano, debería, para conseguir sus fines, iniciar una lucha de influencia con los otros sindicatos. Lo que significa procurar que los trabajadores arbitren entre las respectivas posiciones de las confederaciones. Pero permitir que los trabajadores escojan entre las diferentes posiciones políticas y reivindicativas de las organizaciones obreras, es permitirles determinarse por sí mismos, escoger sus objetivos y por consecuencia dominarles en gran parte. Ahora bien, es justamente la mayor obsesión de los aparatos burocráticos en el seno del movimiento obrero que a veces pueden ir muy lejos en la movilización de las masas, pero que se detienen siempre ante la amenaza de

autonomía de las luchas obreras. Y es por esta razón que tal opción aparece como muy improbable por parte de la CGT.

Y si las confederaciones sindicales actuales se orientaran un poco seriamente hacia la huelga general, eso supondría muy probablemente que haya un consenso previo entre ellas, es decir un acuerdo entre los aparatos sindicales a propósito de la táctica que hay que desarrollar, a fin de impedir que los trabajadores puedan arbitrar sea lo que sea, juzgar por sí mismos y hacerse cargo de su propia lucha.

Sin embargo, ponerse de acuerdo sobre la táctica constituye un problema difícil de resolver para las confederaciones de este país. Claro está que por primera vez desde hace 25 años, todas las confederaciones se pusieron de acuerdo deliberadamente para desencadenar un movimiento de 24 horas a la SNCF. Pero, cabe constatar que se pusieron de acuerdo sobre el más pequeño denominador común: «en contra del contrato de empresa», es decir un objetivo negativo y algo abstracto, y no sobre una reivindicación positiva común.

Entonces, ¿constituiría la reivindicación de las 35 horas, un terreno de acuerdo entre las confederaciones sindicales ?

Probablemente, no lo saben ellas mismas. A menudo, sus propias declaraciones son templadas ; se comprometen un día, retroceden al otro, y de vacilaciones en vacilaciones, acorraladas entre las necesidades de la movilización obrera y sus propios intereses de organización, la táctica de las unas y de las otras se contradice de un mes al otro.

De este va y ven de las vacilaciones de las burocracias sindicales,

es imposible saber lo que efectivamente podrá salir mañana.

Pero, si finalmente hacen propaganda en favor de las 35 horas, los revolucionarios deberán apoyar esta propaganda ya que las 35 horas son una consigna unificadora. Los revolucionarios tendrán que participar a la lucha en favor de las 35 horas. A medida que se acreciente el descontento de los trabajadores, deberán impulsar la unificación de las consignas ; en la medida en que eso corresponda a la conciencia de

clase de los trabajadores, los revolucionarios deberán contribuir a la instauración de órganos de control de estas luchas. Y procurarán que los trabajadores puedan dar un contenido real a la reivindicación de las 35 horas, que deberá corresponder a una verdadera disminución del tiempo de trabajo, que permita la repartición del trabajo entre todos, para que no sólo sirva de base a negociaciones que la reducirían a simples aumentaciones de salarios.

IRÁN : JOMEINI

FRENTE A LAS MASAS POPULARES

Cerca de un mes después de la caída del gobierno Bajtiar y de la toma del poder por los jomeinistas, la situación está lejos de estabilizarse en Irán.

Lo prueban los recientes conflictos entre el jefe del gobierno, Bazargán, nombrado sin embargo por Jomeini mismo. El último conflicto que surgió a propósito del proceso de los hombres del antiguo régimen, se terminó con una concesión aparente de Jomeini al primer ministro. Lo prueban también las manifestaciones de mujeres que rechazan la obligación de llevar el velo, y con ello la situación secundaria en la que los religiosos reaccionarios quisieran mantenerlas. Como también las críticas cada vez más vivas, según parece, destinadas al gobierno instituido, por organizaciones de izquierda, Fedayin o Mudjaidin, que se apoyan esencialmente en los estudiantes. Como por los sentimientos nacionalistas que se expresan por ejemplo, entre los kurdos.

Entonces, ¿ adonde va Irán ? Y sobre todo, ¿ qué sitio ocupa la clase obrera iraní, y cuales son hoy sus posibilidades ?

Al término de un año de manifestaciones de calle y de huelgas cada vez más crecientes en amplitud y en determinación, es en algunos días que el régimen ha acabado por ser derribado en Irán. Entre la salida del Sha y la insurrección popular del 10 y 12 de febrero, el ritmo de los acontecimientos se ha acelerado y el gobierno de Chapur Bajtiar sólo habrá sido un intermedio.

Si Jomeini había podido permitirse, a lo largo de los acontecimientos «programar» las diferentes intervenciones populares, si cada uno de sus órdenes de manifestación era con toda evidencia fielmente seguido por millones de personas, y si éste dominaba la movilización de masas, no es sin embargo a él a quien se debe la insurrección. No asumió la responsabilidad de la intervención.

Desde hacía ya algún tiempo, los técnicos del ejército del aire del cuartel de Duchán Tappeh manifestaban sus sentimientos pro-jomeinistas. Por su lado, el ataque que los Djavidans de la Guardia Imperial lanzaron contra ellos en la noche del 9 al 10 de febrero, punto de partida de la insurrección, no parece haber

tir su gobierno desde arriba, sin deberlo en absoluto a la calle, y no «en caliente» como ha ocurrido. Pero incluso si es la población quien ha derrocado el régimen de su propia iniciativa y sin ninguna consigna en ese sentido, es por cuenta del jefe religioso que lo ha hecho.

La prensa relata algunos incidentes transcurridos a continuación de los días del 10 al 12 de febrero, y particularmente el ataque contra la embajada norteamericana en Teherán, que fueron iniciativas incontroladas por el movimiento religioso. Pero esas operaciones sólo fueron puntuales, no desbordaron el marco de los objetivos asignados por él a la sublevación popular. Globalmente, Jomeini controló finalmente la situación.

En lo esencial, Jomeini alcanzó sus objetivos inmediatos. El grueso del armamento ha vuelto a quedar bajo control de los religiosos jomeinistas. El ejército imperial, rebautizado nacional, ha conservado por lo esencial su unidad y si ha sido necesario sacrificar la Guardia Imperial, como varios generales, es en definitiva el abandono de una parte para conservar lo esencial.

Jomeini finalmente llevado al poder por una insurrección popular, era más o menos inevitable que tuviera que tomar algunas medidas espectaculares a fin de dar el pego sobre el carácter radicalmente innovador del régimen. Y el proceso «por contumacia» del Sha en preparación, entra totalmente en ese marco.

Dada la amplitud y el tiempo que duró la sublevación en Irán, ni siquiera es seguro que Jomeini hubiera podido de todas formas evitarlo, incluso si el cambio de régimen no se hubiera producido a continuación de la intervención revolucionaria de las masas. Ningun-

na «depuración» en el ejército, en la administración, en la policía o la gendarmería, puede impedir que sea el antiguo aparato de Estado, el que se mantenga en lo esencial en el régimen islámico : toda la prensa ha relatado como la mayoría de los cargos quedaron en manos de los mismos hombres que los ocupaban. El personal político y de la alta administración en Irán es por lo demás relativamente limitado, y el poder debe buscar este personal con frecuencia al interior de las mismas familias, como la de los Sandjabi : el cambio es pues limitado.

EL PROBLEMA ESENCIAL DE LA CLASE OBRERA : SU ORGANIZACIÓN EN TANTO QUE CLASE DISTINTA

Aunque el período insurreccional haya pasado sin que ni siquiera se manifiesten los signos de un principio de divorcio entre las masas populares y el movimiento religioso, no se puede por supuesto excluir por ello una toma ulterior de conciencia por parte de la población pobre y trabajadora de Irán que sus intereses propios no se confunden con los que defienden los hombres políticos que ella misma llevó al poder.

Sin embargo, nada de lo que sucede actualmente en Irán permite prever tal posibilidad. La salida del Sha, que era el objetivo central de esta movilización desde hace un año, ya lograda e incluso concluida mediante la intauración de un régimen patrocinado por Jomeini, no aparece en el actual período, un eje nuevo y diferente a partir del cual la movilización popular pudiese tomar un nuevo impulso.

Para los revolucionarios socialistas, el problema principal es

sido deseado por el Estado Mayor. Este último, su actitud ulterior lo confirmó, no estaba dispuesto a correr el riesgo de un enfrentamiento con la población en las condiciones existentes.

Se puede considerar prácticamente lo ocurrido como accidental. Ni por parte de Jomeini, ni por parte del Estado Mayor, ha habido voluntad deliberada de desencadenar un conflicto.

Se conoce la continuación de los acontecimientos. Lo que hubiera podido ser únicamente un afrontamiento interno del ejército, se transformó en una insurrección popular que, en tres días, derribó el régimen imperial.

Los acontecimientos que marcaron las «Tres Gloriosas» del pueblo iraní se pueden imputar ampliamente a la iniciativa espontánea de la población. Incluso si las milicias Jomeinistas, encabezadas por los religiosos, intervinieron muy rápidamente en el movimiento, incluso si en la noche del sábado día 10, Jomeini ordenaba el no respeto del toque de queda instaurado por el gobierno de Bajtiar como una última tentativa, no fue a la iniciativa del jefe religioso que la población se apoderó de las armas, atacó las comisarias, las prisiones, los locales de la SAVAK, etc.

Esto es conforme a la línea de conducta de Jomeini respecto al ejército desde el principio de los acontecimientos y por eso no es sorprendente. Claro, a lo largo de los meses no vaciló en apoyarse sobre el movimiento popular, en convocar a las masas. Pero sin llamarlas nunca a apoderarse y a servirse de las armas. Toda su táctica consistió únicamente en ejercer presión mediante este medio sobre el mando militar para convencerle de adherir a la solución de

cambio político que se comprometía a constituir en Irán. En cierto modo, se trató de un conflicto entre de un lado, la movilización popular canalizada tras los jefes religiosos, y del otro el aparato de Estado en sitio. Pero un conflicto durante el cual, la fuerza material de las armas permaneció completamente en el mismo campo, mientras que en frente la población sólo poseía la importancia del número y una excepcional determinación.

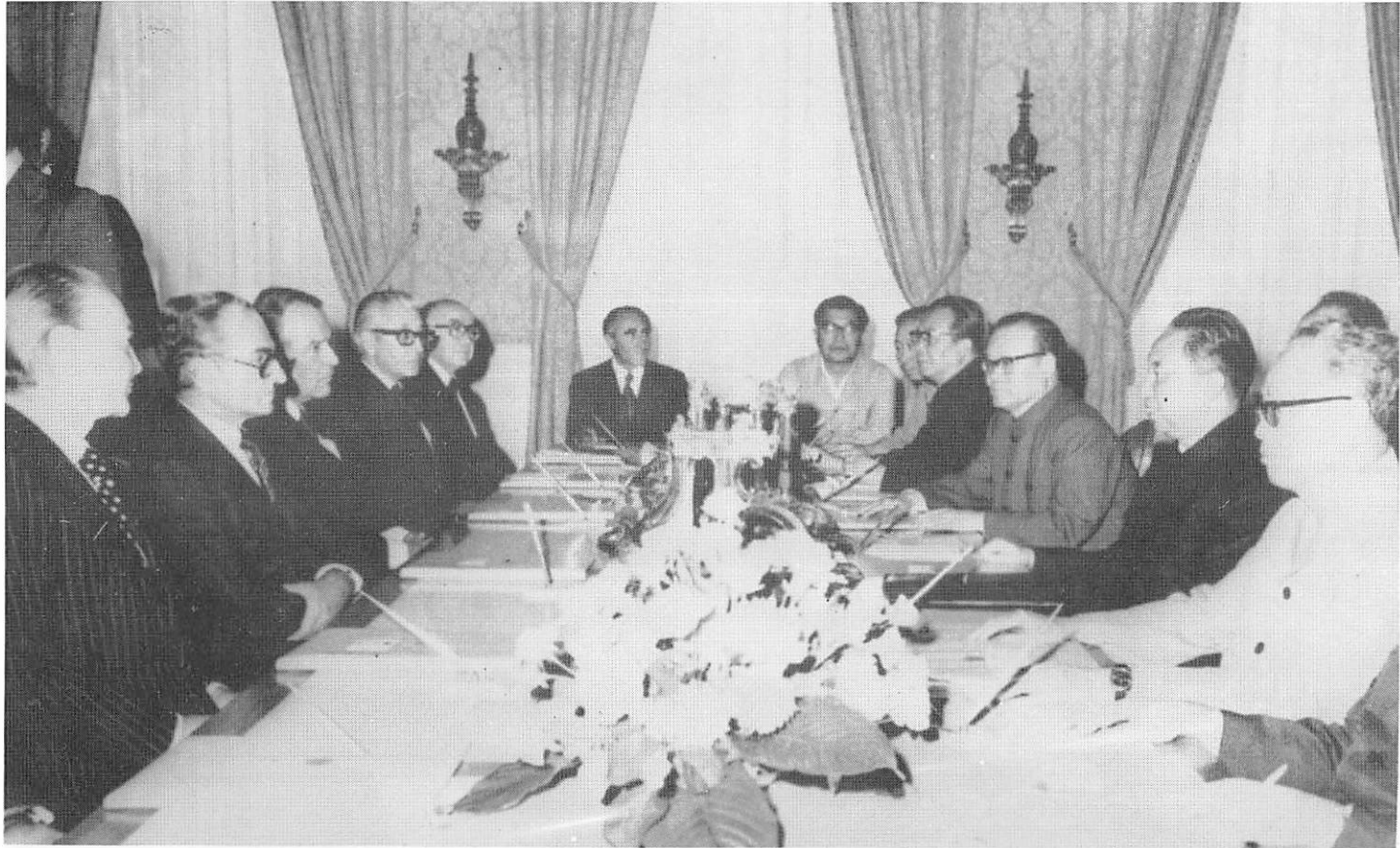
El punto crítico más allá del cual la presión popular podía transformarse en una coacción decisiva —el armamento del pueblo— Jomeini se negó a franquearlo de por sí desde el principio. De todas formas únicamente del Estado Mayor esperaba la decisión.

Esto fue particularmente notorio en el momento del regreso del ayatollah a Teherán, regreso para el cual esperó escrupulosamente la autorización del ejército. Como también lo fue durante todo el período que siguió. Se sabe, toda la prensa lo ha relatado, que durante ese período contactos tuvieron lugar entre jefes militares y religiosos, y que el problema central de esas discusiones era el de la transmisión de poderes del gobierno de Bajtiar al de Bazargán promovido por Jomeini.

Para este último, se trataba de hacer ceder al Estado Mayor sin tener por eso que destruir el ejército, y sin tener que movilizar a la población tras este objetivo.

Estos planes se han visto algo trastornados al desencadenarse la insurrección a iniciativa popular. Pero en sí, no significó un desbordamiento político de Jomeini. La totalidad de la insurrección se hizo en su nombre.

Sin ninguna duda, Jomeini hubiera preferido que las cosas ocurrieran de otra manera ; transmi-



Hua Kuo Feng heading a Chinese delegation with the Shah of Iran a few weeks before the latter left for exile. The Chinese leaders have multiplied their gestures in favor of those dictatorships backed by U.S. imperialism.

Hua Kuo Feng y una delegación china discutiendo con el Sha de Irán algunas semanas antes de que se fuera este último en destierro. Los dirigentes chinos multiplicaron los gestos en favor de las dictaduras protegidas por el imperialismo US.



Union leader Maire together with SP leader Mitterrand. That was before the elections. Today, Maire poses as the champion of the «no politics» line.

Maire al lado de Mitterrand. Era antes de las elecciones. Hoy, el secretario de la CFTD se hace el paladín del apolitismo.

evidentemente el de la clase obrera iraní. Lo que necesitaría ahora es organizarse en el plano de su defensa económica sin ninguna duda, pero también en el plano político. Frente al nuevo régimen, los trabajadores iraníes, que constituyen una clase obrera relativamente fuerte, concentrada esencialmente en el sector del petróleo, deberían poder dotarse de medios de discusión, confrontar las ideas y los programas políticos, juzgar entre los militantes, los partidos y organizaciones que se reclaman más o menos de ellos, imponer sus opciones, al menos aquellas que recogen el asentimiento de la mayoría de entre ellos.

Sería preciso que la clase obrera se diera órganos de clase autónomos — asambleas, consejos, o comités — y no solamente que existan partidos o grupos políticos reclamándose de ella, a fin de tener la posibilidad de juzgar y decidir por sí misma de lo que sería conforme a su voluntad.

Después de la experiencia de varios meses de huelga y de lucha, quizás existan hombres que actúen en ese sentido entre los trabajadores iraníes. En todo caso, tal sería el objetivo del momento para los revolucionarios proletarios.

Es evidente que estructuras de decisión propias a la clase obrera, cualquiera que sea el nombre que se den, se verían llevadas casi inmediatamente a expresar intereses distintos, y hasta opuestos de hecho a los del nuevo régimen que se instaura, se encontrarían muy rápidamente llevadas a enfrentarse con el aparato de Estado. Las opciones de los nacionalistas, religiosos como laicos, son fundamentalmente tan opuestas a los intereses de la población pobre y de los trabajadores como lo eran las del antiguo

régimen. Y el conflicto, según el nivel de conciencia y de determinación de los trabajadores podría incluso transformarse en un afrontamiento.

Por esta razón, sería indispensable que en semejante situación los trabajadores estén armados. Si los trabajadores iraníes, en el momento actual se plantean concretamente el problema de organizarse sobre una base de clase, y si la cuestión de su armamento está aún en las posibilidades del momento (lo que no es posible saber desde aquí), los revolucionarios plantearían este problema en términos de milicias obreras, en términos de órganos militares de defensa propios al proletariado, y no bajo la forma de un cualquier «ejército popular» tal como lo plantea la extrema izquierda iraní.

Si la clase obrera iraní saliera del periodo revolucionario desconfiada con respecto a los demás protagonistas sociales de la revuelta nacional anti-imperial, organizada sobre una base de clase, habiendo conservado las armas, sería la mejor garantía para el porvenir. Al aprender a decidir por sí misma en sus propias asambleas, y al beneficiar de sus propias milicias armadas, aprendería a no confiar a priori en los que pueden reclamarse de ella, y a no dejarse engañar por los que recomiendan la unanimidad nacional.

UNA IZQUIERDA QUE NO BUSCA REPRESENTAR LOS INTERESES DEL PROLETARIADO

Después de los acontecimientos insurreccionales de mediados de febrero, los líderes y los jefes religiosos, por supuesto se ocuparon activamente en recuperar el

control de las armas pasadas a manos de la población, y los únicos en conservar aparentemente las armas son los grupos de extrema izquierda: «Fedayin», que se dicen «marxistas-leninistas», y «Mudjaidin», «islamo-progresistas», es decir grupos implantados esencialmente entre los estudiantes.

Cabe decir que el Partido Tudeh, por su parte, al que la prensa presentó como beneficiando de cierta audiencia entre los trabajadores del petróleo, no se ha diferenciado en absoluto de la dirección islámica, y aparentemente sigue sin diferenciarse. Presente cuando la gran concentración del 5 de marzo, bajo el patrocinio póstumo de Mosadeg, no se ha señalado de ningún modo. De todas maneras, no se puede esperar que una política conforme a los intereses de la clase obrera venga de ese partido estaliniano de estricta obediencia, en un período tan decisivo.

Pero también cabe decir que, si el movimiento de los Fedayin apareció desde hace poco, en cuanto a él, de manera distinta a los religiosos, organizando reuniones autónomas dentro de las cuales, por primera vez desde el principio de los acontecimientos, no desfilaban tras los retratos de Jomeini, finalmente no es por eso que los objetivos políticos que proponen, expresan mejor su voluntad de identificarse a la clase obrera.

En efecto, su tema central de intervención, es la instauración de *«Un ejército realmente popular»*. El 17 de febrero proclamaban: *«El nuevo gobierno, es un gobierno de «bazarí», comerciantes, capitalistas, que no responde a los ideales de los trabajadores»*, para potenciar la consigna *«queremos un ejército del pueblo, queremos un ejército puro»*. El 23 de febrero, el 5 de marzo, sus

intervenciones han empezado cada vez alrededor de los temas de la unidad y de la solidaridad necesaria, cosa que, por supuesto, también reclaman los religiosos, para concluir con la necesidad de *«edificar un verdadero ejército popular»*.

Los Fedayin reprochan a los jefes religiosos esencialmente la insuficiencia de la depuración en curso en la cumbre del ejército, la desearían más radical, pero eso es todo. Y es a los comités Jomeini, al mismo Jomeini, quien además sabe negarseles y al gobierno Bazargán, a quienes lo reclaman.

En realidad, tras la reivindicación de un ejército popular por parte de la juventud pequeño-burguesa que se vanagloria de la etiqueta «fedayin-marxista-leninista» hay la sencilla voluntad de participar ellos mismos al ejercicio del poder a través del ejército. Convertirse en una de las componentes del instrumento del poder renovado bajo una fraseología populista, he ahí su proyecto político, incluso admitiendo que no estén dispuestos para componerse las con Jomeini a las primeras concesiones que éste les haga.

Un «ejército popular», no es evidentemente los trabajadores en armas y organizados por su propia cuenta. Es el mantenimiento del ejército vigente, sencillamente algo modificado en su composición.

Que en materia de armamento, los Fedayin iraníes se hayan dado exclusivamente esta reivindicación, sin ni siquiera evocar la necesidad del armamento de la clase obrera misma, significa claramente que su política y sus consignas no se inscriben absolutamente en el marco de una estrategia aspirando al ejercicio del poder por los trabajadores.

Al contrario, los trabajadores armados y organizados en sus

propios órganos de decisión sería lo que correspondería a la situación actual en Irán para poner a los trabajadores en estado de no volver a ser quizás las víctimas de la conmoción que el país conoce actualmente.

Es, por supuesto, difícil juzgar desde lejos que el asunto esté inscrito en las posibilidades concretas de la situación, que ésta sea efectivamente portadora de un desarrollo favorable en esa dirección a los intereses de la clase obrera.

LA OPOSICIÓN DE CIERTAS CAPAS PEQUEÑO-BURGUESAS

Desde hace más de un año, la población iraní ha sabido atestiguar en tan numerosas ocasiones su obstinación y su heroísmo en la lucha, ha sabido dar pruebas de tanta iniciativa revolucionaria para derrocar el régimen pese a la perseverancia de sus dirigentes en limitar su movilización, que no se puede excluir el que la clase obrera consiga encontrar en ella misma los recursos necesarios para esta vez luchar por su propia cuenta.

Numerosos testimonios relatan reuniones políticas y discusiones que se prosiguen en los lugares de trabajo, la presencia de estudiantes de extrema izquierda entre los obreros del petróleo, comités de huelga y de obreros hostiles a los comités y a los hombres colocados en las ciudades obreras por los representantes de Jomeini (particularmente por el mismo Bazargán a principios de enero en las ciudades petroleras del Juzestan). Toda la prensa ha subrayado que la vuelta al trabajo reclamada por Jomeini no se realizó sin dificultades, y si oficialmente las exportaciones de petróleo se han reanudado, sólo se trata ante

todo de un gesto simbólico, pues las cantidades necesarias han debido, se nos dice, tomarse sobre los stocks existentes — lo que no permite juzgar sobre la verdadera vuelta al trabajo y a la producción normal.

Desgraciadamente, otras indicaciones van en un sentido contrario. Particularmente, el hecho de que, en las ciudades como Abadán o Ahwar en donde se encuentra el grueso de las tropas obreras, el poder sólo ha cambiado de manos después de la insurrección de Teherán, sin intervención de la población amparándose de las armas. Pero sobretodo, a la clase obrera iraní parece faltarle los hombres y las mujeres politizados, formados, que identifican su combate totalmente al suyo, que consideran a los trabajadores, no como una masa de maniobra, un medio de presión, sino como las únicas fuerzas sociales verdaderamente revolucionarias. Parece faltarle los auténticos militantes socialistas necesarios para su toma de conciencia revolucionaria.

No parece pues nada probable que el proletariado iraní pueda en el transcurso de este período amenazar el poder de Jomeini.

Esto dicho, puede ocurrir en cambio que éste encuentre dificultades por parte de la pequeña burguesía urbana, al menos en sus capas intelectuales y liberales, y particularmente en su juventud. Las manifestaciones de mujeres que tienen lugar en estos primeros de marzo contra la obligación de llevar el velo son en este sentido significativas. Los abogados, médicos, profesores, etc., iraníes, esos círculos urbanos a quienes la política del Sha y el dinero del petróleo han contribuido en occidentalizar y acostumar a un cierto desahogo material, no ven probable-

mente de buena gracia instituirse bajo la bandera del Islam una política de austeridad en las costumbres, de «pureza» y de «sobriedad» en la vida social. Jomeini multiplica las declaraciones y los gestos de hostilidad a lo que él llama el «lujo» occidental, llamando a las «virtudes coránicas»: el orden moral y la inquisición que pone al orden del día no son en absoluto lo que perseguían los intelectuales y los estudiantes iraníes al contribuir a la lucha para derribar al Sha.

Todos los aspectos de esta política de Jomeini no serán necesaria-

mente tan retrógrados como las medidas relativas a las mujeres. Algunas — por ejemplo es cuestión de enviar a los estudiantes a servir en el campo — pueden incluso cubrirse de una apariencia de igualitarismo que puede valerle un apoyo en las masas populares. Pero estas medidas tampoco son, seguramente, capaces de seducir a los pequeños privilegiados de la ciudades. Y es quizás de entre esas capas que pueden surgir en el inmediato los más serios problemas para Jomeini.

LA GUERRA CHINO-VIETNAMITA

Al anunciar el 5 de marzo que sus tropas empezaban a retirarse del territorio vietnamita, ¿quiso China indicar oficialmente que consideraba, por su parte, como terminada la guerra que había desencadenado contra Vietnam el 17 de febrero ?

O al contrario, ¿se prepara a prolongar la guerra ?, tomando sencillamente la precaución de hacer un gesto político, destinado a achacar la responsabilidad del proseguimiento de las hostilidades sobre Vietnam, intentando probar que es el reforzamiento de las operaciones militares por este último, el que convierte la retirada en imposible.

En esta guerra en donde las demostraciones políticas parecen tener por lo menos tanta importancia como las operaciones militares destinadas a apoyarlas, las dos eventualidades son perfectamente posibles. Después de todo, incluso sería posible que, en el transcurso de negociaciones secretas, los dos beligerantes se hayan puesto ya de acuerdo sobre las condiciones y modalidades del término de la guerra.

Que China considere haber alcanzado o no sus objetivos, cierto parece sin embargo que haya querido darle un carácter limitado a esta guerra. Aparentemente el

ejército chino no entró en Vietnam para intentar derribar el régimen de Hanoi. Probablemente tampoco para intentar anexionar fracciones notables del territorio vietnamita —en todo caso los dirigentes chinos lo niegan rotundamente.

Pero en cambio, las operaciones militares chinas pretenden por lo menos afirmar, de manera espectacular, que China tiene prerrogativas en la península indochina, y que tiene intención de hacerlas respetar, por las armas si es preciso.

¿AFRONTAMIENTO DE DOS NACIONALISMOS ?...

La guerra concretiza la aspiración de China en afirmar su influencia en los países de la región.

Esta aspiración tropieza con el nacionalismo altivo de Vietnam. Éste ha llevado a cabo guerras demasiado largas a fin de acceder a la independencia política con respecto al colonialismo francés, y luego con respecto al imperialismo norteamericano, como para aceptar de buen grado la hegemonía de un potente vecino. Y parece tener medios para defenderse.

Esta capacidad de defenderse no se mide únicamente por el número de habitantes —aunque tiene su importancia el ser Vietnam uno de los países más poblados de la región, a pesar de ser evidentemente menos poblado que China— ni tampoco por la importancia del ejército vietnamita, de su armamento y de su entrenamiento. Se mide igualmente por el grado de apoyo del que puede beneficiar el régimen vietnamita entre la población. ¿Goza Hanoi de un apoyo suficiente para movilizar su población contra toda forma de tentativa por parte de China de asentar su influencia sobre el país? Quizás sea justamente esta guerra la que dará una respuesta, particularmente en lo que se refiere a la población del Vietnam del Sur. Pero la movilización nacionalista puede ser justamente uno de los medios de confortar ese consenso.

De por su propio peso, Vietnam constituye un obstáculo a la pretensión China de desempeñar el papel de guardián del orden en esta región del mundo. Lo constituye también por sus alianzas. La negativa de los Estados Unidos en acordar a Vietnam los créditos para la reconstrucción de los que tenía una necesidad vital; su negativa más generalmente a todo acuerdo aceptable, que sin embargo Hanoi había buscado en un primer tiempo, impulsó al régimen vietnamita a aproximarse cada vez más al campo soviético y a salir al mismo tiempo de la posición de neutralidad entre Moscú y Pekín que había intentado preservar anteriormente.

El régimen vietnamita no sólo constituye un obstáculo a la influencia china sobre el mismo Vietnam. Hanoi ejerce, desde la accesión al poder de los nuevos regímenes en Vietnam, Camboya, y

Laos, una influencia patente sobre este último.

Mucho antes de la intervención vietnamita en Camboya para derrocar el régimen de Pol Pot, aliado en cambio a Pekín, China y Vietnam se encontraban en un estado de guerra latente.

Además, se podría imaginar que la intervención vietnamita en Camboya haya sido ante todo una operación preventiva, destinada esencialmente a evitar que Vietnam se encontrara atenazado entre una China que afirmaba abiertamente sus intenciones belicosas y un Camboya que hacía lo mismo por el otro extremo.

Sea lo que sea, China aprovechó de la situación creada por la intervención vietnamita en Camboya para demostrar, con las fuerzas militares, que se considera como el guardián del statu quo en la región.

¿Se contentará sencillamente con «darlo como entendido», con demostrar su capacidad de represalias contra cualquiera que quisiera modificar la correlación de fuerzas de la región en un sentido que no cuenta con su consentimiento?

¿Querrá hacer más, es decir obligar Vietnam a volver hacia atrás, a abandonar Camboya, y a aceptar una solución del estilo del restablecimiento de un régimen «neutralista» a la Sihanuk?

El futuro lo dirá: ya que en la materia las cosas no dependen de la sola voluntad de China, sino también de la capacidad y voluntad del Vietnam en hacer frente —o al contrario de su deseo de contemporar. China parece en todo caso extremadamente prudente, y aunque repita su voluntad de hacer volver hacia atrás a las autoridades vietnamitas en la cuestión de Camboya, se ha abstenido hasta ahora de afirmar que sólo a esta

condición retirará sus tropas de Vietnam.

...SÍ, PERO EN UN MUNDO DIVIDIDO EN BLOQUES, DONDE LA INTERVENCIÓN CHINA SIRVE LOS INTERESES DEL IMPERIALISMO

El conflicto entre China y Vietnam no es solamente un enfrentamiento entre dos nacionalismos rivales. Se sitúa en un contexto internacional dominado por el antagonismo fundamental que opone el bloque dominado por el imperialismo norteamericano al bloque dominado por la Unión Soviética.

Después de la guerra, el Sudeste asiático en general, y los países de la antigua Indochina francesa en particular, constituyen uno de los principales «puntos neurálgicos» del globo, una de las principales regiones en donde se pone sin cesar en juego el equilibrio entre los dos bloques.

Esta región se encuentra en los lindes de los dos bloques. Situada en el paso del Océano Índico al Océano Pacífico, su importancia estratégica es evidente. Y es, por último, una de las regiones en donde la miseria, el subdesarrollo, la opresión multiforme de dictaduras feroces, han engendrado y siguen engendrando de forma permanente revueltas populares, alzamientos y conflictos armados que atacan permanentemente el orden establecido.

Sin ni siquiera hablar de las sucesivas guerras de emancipación nacional de los pueblos de la antigua Indochina francesa, insurrecciones y guerrillas más o menos

importantes, más o menos permanentes, han amenazado los regímenes pro-norteamericanos de Tailandia, Malasia, Birmania, y un poco más lejos, Filipinas. Expulsadas las antiguas potencias coloniales francesa o inglesa en los años consecutivos a la guerra, fueron los Estados Unidos los que acabaron por asumir la tarea del mantenimiento del orden en esta región del mundo, como también en el resto del planeta.

Pese a toda su potencia económica, militar, y técnica; y pese a las destrucciones catastróficas en vida y material de las que se han hecho responsables, los Estados Unidos no han logrado poner fin a la guerra de emancipación de los pueblos de Indochina. Es precisamente a causa de esta incapacidad de vencer militarmente y de demostrar políticamente que un país subdesarrollado no puede desafiar a la potencia del imperialismo norteamericano, por lo que los Estados Unidos han optado por dar una nueva orientación a su política exterior, iniciando una política de «detente» relativa para con la Unión Soviética y sobretodo normalizando sus relaciones con China.

El cambio de la política de los Estados Unidos con respecto a China, y el acercamiento que le fue consecutivo, implicaba implícitamente —y quizás explícitamente en acuerdos secretos— que China utilice su influencia en provecho del equilibrio establecido, tanto a la escala del mundo —pero ahí, los medios de China son limitadísimos— como más particularmente en el Sudeste asiático.

En el transcurso de estos últimos años, China tuvo la oportunidad de mostrar en varias ocasiones que estaba dispuesta a oponerse sistemáticamente a todo acontecimiento susceptible de desestabilizar la

situación mundial en favor de la Unión Soviética. En general, esto se manifestaba por un aval de Pekín dado a la política exterior norteamericana y a algunas de las dictaduras protegidas por Estados Unidos.

Sin embargo, es por primera vez desde la gran reconciliación cuando China interviene, por las armas, en una región que está al alcance de su influencia directa; y que interviene en un sentido que corresponde completamente a los intereses del imperialismo norteamericano en la región, en la medida en que esta intervención tiene por objetivo frenar o impedir una extensión de la influencia de la Unión Soviética.

Todo permite suponer que los dirigentes norteamericanos estaban perfectamente enterados del proyecto chino de intervenir militarmente en Vietnam. Aunque no comanditaron la acción, sacan provecho de ésto. Incluso recuperan lo esencial de los beneficios cuando es China quien ha asumido los riesgos.

En efecto, la intervención china tiene la doble ventaja de contrarrestar —¿con qué eficacia?, el porvenir lo dirá— la influencia rusa en la región, y contrarrestarla por la fuerza militar sin por eso obligar a los Estados Unidos de usar ellos mismos esta fuerza militar. De modo que no se ataca a la política de «detente» y de negociaciones con la URSS por el intermediario de la cual los Estados Unidos quieren por el momento defender sus posiciones en el equilibrio mundial. Al asumir el papel de guardián del orden en la península indochina y de muralla contra la influencia soviética, China se comporta en pieza maestra en ese juego internacional más flexible por el cual el imperialismo norteamericano mantiene sus posiciones frente a la Unión Soviética.

Precisamente a causa de las implicaciones internacionales del conflicto chino-vietnamita, los revolucionarios socialistas no podían quedarse indiferentes en la guerra desencadenada.

Los intereses del proletariado no están representados, por cierto, ni por un lado ni por otro en este conflicto. Hay que tener muchas ilusiones sobre lo que son China y Vietnam para escribir, en primera plana como lo hizo *Rouge*, sobre «*El internacionalismo asesinado*». Ni el régimen chino, ni el régimen vietnamita encarnaron, en un momento dado de su historia, el internacionalismo. Siempre representaron el nacionalismo radical de las naciones demasiado tiempo oprimidas, despojadas por el imperialismo, y decididas a no seguir siéndolo. En este plano, desde este punto de vista, no hay ninguna ruptura de continuidad en la pasada y presente visión del mundo de los dirigentes chinos o vietnamitas —y tienen la misma visión del mundo. Como tampoco no hay ninguna «traición» —sólo se puede traicionar lo que se ha representado. Los dirigentes chinos, como los dirigentes vietnamitas, no representan el proletariado, y jamás lo representaron. Su política nunca fue la de la revolución proletaria, la de la transformación social del mundo. Son dirigentes nacionalistas burgueses.

Fue en nombre del nacionalismo y de los intereses nacionales de China que el régimen chino se defendió durante más de veinte años contra un imperialismo norteamericano agresivo y que no le dejaba otra opción que la de defenderse o desaparecer.

Pero es también en nombre de los mismos intereses nacionales de China y del mismo nacionalismo que los dirigentes chinos buscan hoy la

alianza de un imperialismo norteamericano vuelto, en cambio, más acomodante, pero quizás sólo momentáneamente.

Pero, precisamente en razón de la opción del régimen chino de intervenir en este asunto del lado de los intereses del imperialismo norteamericano, los revolucionarios socialistas deben denunciar el papel de China en el conflicto chino-vietnamita. Independientemente del problema de saber quien ha desencadenado la iniciativa de las operaciones militares, es China quien asume, en este caso, el papel de gendarme del orden imperialista. Si ha de dirigirse hacia alguien la solidaridad de los revolucionarios, debe ser a la víctima del gendarme.

¿HACIA LA CONSOLIDACIÓN DE UNA ALIANZA DE HECHO ?

Al mostrar que estaba dispuesta a intervenir militarmente, cuando no contra la Unión Soviética, por lo menos contra uno de sus aliados, China hizo un gesto político, y grande, en dirección del imperialismo norteamericano.

¿Ocasionará este gesto contrapartidas por parte del imperialismo norteamericano ? ¿Aceptarán los Estados Unidos acercarse todavía más a China en el plano político ? ¿Aceptarán traducir este acercamiento en el plano financiero, concediendo por ejemplo a China los créditos que necesita ?

No deben faltar en los círculos dirigentes norteamericanos, hombres partidarios de jugar más abiertamente y con más medios aún, la carta china contra la Unión Soviética, empezando, según parece, por el consejero de Carter en materia de política exterior, Brzinsky.

Si China lograra hacer retroceder Vietnam de Camboya, a los partida-

rios de tal política no les faltarían argumentos. Pero si no hay duda sobre el gesto chino en dirección de los Estados Unidos, su eficacia queda aún por probar. Todavía no ha retrocedido Vietnam. Y no está dicho que la URSS pierda mucho en este asunto si por ejemplo la actitud china indispusiera algunos de sus vecinos —sería el caso de India— y les acercara de la URSS en el plano diplomático. Y sobretodo, no está dicho que los Estados Unidos tengan ganas de recompensar en alguna manera lo que de todas maneras China hace.

Pero más allá de como los dirigentes norteamericanos puedan apreciar las ventajas que sacaron del conflicto chino-vietnamita, nada dice hasta ahora que el imperialismo norteamericano desee, en un próximo futuro, ir más lejos al lado de China.

Aunque la rivalidad entre la URSS y China convenga a los intereses norteamericanos, los Estados Unidos han tomado la precaución hasta ahora de mantener la balanza equilibrada entre los dos, y prosiguen la política de «detente» con la URSS. Deng Siaoping ha ido a Washington, y la visita tenía el resplandor de la novedad, pero será seguida unos dos meses después por la visita de Brejnev. No es porque los Estados Unidos se sirvan de China que están dispuestos, por lo tanto, a considerarla como una aliada, y sobretodo como una aliada segura, a la que se puede sin riesgo, apoyar, armar y eventualmente ayudar financieramente.

China puede tomar iniciativas más o menos agresivas, que van en el sentido de los intereses del imperialismo norteamericano, pero no es ella quien, en última instancia, decide de la naturaleza de sus relaciones con los Estados Unidos. Está en la postura del solicitante.

LA EUROPA SIN FRONTERAS SERÁ LA EUROPA DE LOS PROLETARIOS

La vida política francesa está, desde hace ya varios meses bajo la influencia de las futuras elecciones europeas. En esta perspectiva, el Partido Comunista Francés, que desde hace mucho tiempo ha olvidado que en la palabra «comunismo» hay precisamente la idea de la República Universal de los trabajadores y de la abolición de todas las fronteras, se ha vuelto en el campeón de «la independencia nacional», condenando energicamente toda Europa supranacional en los mismos términos prácticamente que los Debré y los Chirac, sin que Marchais parezca en absoluto incomodado de hallarse en tan sospechosa compañía.

Esta política chauvina (que además nos es reciente por parte del PCF) permite a la parte de la derecha que se califica «europea», y al Partido Socialista que desde hace treinta años comparte prácticamente las posiciones de ésta acerca de este problema, de parecer fácilmente como teniendo ideas amplias y como partidarios de la amistad y de la cooperación entre los pueblos. Estas personas tratan en efecto de hacer creer que la penosa instauración de los acuerdos económicos limitados que constituyen el Mercado común es el comienzo de la «construcción»

europea. Los unos se contentan con hablar de «construir Europa», sin dar más detalles. Otros se pretenden partidarios de una «confederación europea», dejando entender que sería una etapa hacia la formación de una Europa unida. Pero se trata de pura demagogia, ya que los hombres políticos de la burguesía francesa, como sus homólogos de los nueve o de los doce, no desean y no pueden unificar Europa.

Esos hombres están perfectamente conscientes de que las fronteras que dividen Europa —por una superficie del mismo orden que la de los Estados Unidos o del Canadá— en una treintena de Estados diferentes, constituyen un marco angosto en el cual se asfixia cada una de las economías nacionales. Es además por lo que, aunque no progrese rápidamente, se obstinan en instaurar el Mercado común. Para tener cierto espacio. Pero este Mercado común sólo constituye un conjunto de acuerdos entre Estados sin que hayan en nada renunciado a su soberanía, susceptibles de ser discutidos de nuevo a cada dificultad, a cada crisis. Y presentar este Mercado común, aun coronado por un parlamento europeo elegido al sufragio universal pero sin ningún poder, como un paso en la

construcción de la Europa unida, dar a entender que una evolución gradual de las cosas en ese sentido es posible, releva simplemente de un abuso de confianza.

La Europa que nos proponen los capitalistas es además singularmente reducida. Ya que además del hecho de que se trata únicamente de Europa occidental (en el sentido político del término), incluso integrando España, Portugal y Grecia en el seno del Mercado común, eso dejaría aún fuera de esta Europa occidental, Noruega, Suecia, Finlandia, Suiza y Austria. Pero incluso si el término Europa sólo comprendiera a los nueve o los doce, el Mercado común no es el primer paso hacia la Europa política.

No hay además ningún precedente en la historia, de un Estado moderno que se haya construido en una lenta evolución pacífica. Los primeros Estados nacionales modernos que se han formado, a finales del Siglo XVIII, han sido el producto de luchas revolucionarias. Los Estados Unidos de América nacieron de una guerra de liberación colonial, y fue necesaria otra guerra civil, un siglo más tarde, la guerra de Secesión, para concluir la unidad. La Francia moderna ha nacido de la revolución de 1789, terminando de unificar los territorios que la espada de los reyes Capetos habían reunido en el seno de su reino. La unidad italiana, como la unidad alemana, algunas decenias más tarde, se efectuaron también al son del cañón.

La construcción de estos Estados nacionales modernos tropezaba con la resistencia de todas las fuerzas retrógradas que se aferraban a los viejos particularismos. Pues bien, hoy en día, son justamente estas mismas burguesías europeas quienes constituyen esas fuerzas retrógradas, aferradas con todas sus

fuerzas a los particularismos superados que son los Estados europeos.

La evolución histórica convierte cada vez más caducos esos Estados. Estaban edificadas a la medida del siglo XVIII o XIX, no del XX. Pero la evolución histórica pone al mismo tiempo cada una de las burguesías europeas más dependiente de su propio Estado.

Para las jóvenes burguesías del siglo XIX, el Estado era esencialmente el instrumento que les permitía mantener su dominación sobre sus propios explotados, defender su territorio contra las codicias de sus vecinos, y conquistar eventualmente nuevos mercados. Para las burguesías seniles del siglo XX claro que aún sigue siendo esto, pero también consiste en un apoyo económico indispensable. El Estado es para los grandes trusts el distribuidor de pedidos y subvenciones, a veces el principal, incluso el único cliente. Es por lo que cada una de las burguesías europeas quiere mantener su propio aparato de Estado, con el cual está vinculada, y que le es fiel. Es esto lo que hace que la unificación política de Europa mediante una evolución progresiva resultante del consenso de las clases dirigentes no es posible. Es también eso lo que hace que incluso la unificación económica de Europa no podría ir muy lejos, puesto que implicaría el abandono de las prerrogativas nacionales (la contribución, la emisión de la moneda, etc.) a las cuales cada burguesía está demasiado apegada.

En realidad, la unificación política de Europa bajo la égida de la burguesía sólo podría concebirse si uno de los imperialismos europeos fuera suficientemente potente para imponer por las armas su dominación a los otros. Es evidentemente una solución que ningún trabajador

puede desear, puesto que se haría contra los derechos y las libertades de los pueblos y clases laboriosas de Europa, como además lo ha mostrado la tentativa más importante en ese sentido, que fue la del imperialismo alemán entre 1939 y 1945. Y también es ésta una solución superada porque lo que el imperialismo norteamericano no toleró del imperialismo alemán hace cuarenta años, no hay razón alguna para que lo tolere mañana del mismo o de otro.

La segunda guerra mundial fue además la ilustración de la imposibilidad de realizar la unificación política y económica de Europa por los medios burgueses, e incluso utilizando abiertamente la fuerza, ya que incluso en la cumbre de su potencia, el imperialismo alemán no pudo suprimir los Estados nacionales de sus competidores, en la mayoría de los países que ocupaba. Hubiera sido para él una tajada demasiado importante. Y en general tuvo que componerselas con esos Estados nacionales.

En realidad, que sea pacíficamente o militarmente, la burguesía de los países de Europa es incapaz de realizar la unificación de Europa. Ni siquiera se le ocurre. Una parte de sus hombres políticos hacen como si (y de manera tímida), con un objetivo demagógico, porque la idea de una Europa unida es una idea que agrada a amplias capas de la población y que expresa confusamente sus aspiraciones a un mundo sin guerra y a la colaboración fraterna entre los pueblos.

En esas circunstancias, los revolucionarios socialistas tienen dos

ejes posibles de intervención.

El primero consiste en denunciar el carácter capitalista de los proyectos de los hombres políticos burgueses de Europa, el hecho que lo que defienden son los intereses de los trusts y no los de los trabajadores de Europa. Pero dar la prioridad a esta denuncia, además de atacar frases vacías y no proyectos tangibles (porque la Europa del capital, el capital mismo está en la imposibilidad de realizarla), es correr el riesgo de ser confundido con los que condenan Europa en nombre de nacionalismos estrechos.

El segundo de los ejes posibles de intervención, es explicar a los trabajadores que tienen razón en aspirar a una Europa sin fronteras, pero que no hay que contar con los poseedores y los gobiernos para construir esta Europa, puesto que son incapaces de ello, y en el fondo no lo desean. Es explicar a los trabajadores que únicamente la clase obrera podría realizar la unidad política de Europa, y hacerlo respetando los derechos de todos los pueblos, de todas las nacionalidades. La revolución proletaria en Europa sólo podrá, en efecto, darse como misión la construcción de los Estados Unidos Socialistas de Europa, como primer paso hacia la República Universal de los trabajadores.

El europeísmo de los socialdemócratas y de una parte de la derecha es finalmente un homenaje hipócrita al internacionalismo. A los internacionalistas de aprovechar para dar a conocer sus ideas y su programa.

NOTE TO ENGLISH READERS

This journal is unusual in that it is bilingual. When read from this end, it is in English, from the other end, it is in Spanish.

Most of the articles have been written in French first, and have then been translated into English. We apologize for any inadequacies of translation.

To avoid difficulties, start from this page and read the right-hand pages only (the Spanish text appears upside down on the left-hand pages).

CLASS STRUGGLE

Trotskyist monthly edited by «LUTTE OUVRIERE»
Managing editor: Michel Rodinson
Printed at : 25, rue du Moulinet - 75013 Paris

Mailing address : Lutte Ouvrière B.P.233
75865 Paris Cedex 18

PRICE : France	FF 5
Spain	ptas 80
USA	\$ 1.25

YEARLY SUBSCRIPTION (10 issues)

FRANCE : Ordinary : FF 50 Closedmail : FF 110

ABROAD :

-By train or boat, all countries :

Ordinary : FF 60 Closedmail : FF 120

-By air :

Ordinary :

Europe, French speaking Africa,
Guadeloupe, Reunion, Guyane,
North-Africa

FF 60

French Polynesia, New Caledonia,

Madagascar

FF 70

All other countries

FF 80

Closed mail, for all countries :
Apply to us to have the tariffs.